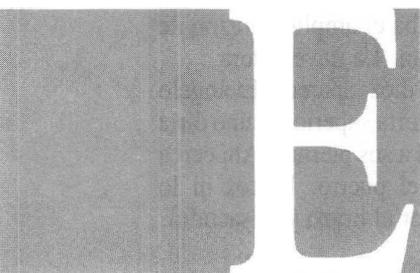


El último regalo*

Jorge Sporidis



n toda la Armada no había persona más querida que el suboficial mayor Evángelo Kricos. Esto lo sabían hasta las planchas y los cables de la chimenea, que no tienen fama de inteligentes. ¿Dónde estaba Evángelo y no había buen humor? ¿Dónde estaba Evángelo y no había sonrisa? Los marineros juraban en el nombre suyo. Los suboficiales rivalizaban para atenderlo. Y el comandante, pasando por alto reglamento y ceremoniales, lo llamaba a su camarote y le convidaba café.

Durante año y medio lo tuvo como detal de cargo en la nave. Y durante año y medio la gente no supo ni de pena ni castigo. En blanco permaneció el libro de castigos gracias a Evángelo. Y cada vez que algún oficial le enviaba un nombre para castigarlo, Evángelo caía de rodillas y suplicaba:

—Déjelo, mi teniente. Déjelo, por favor. ¿No ve que es un polluelo que se irá conformando? No lo mande al calabozo y yo me encargo de él.

¿Quién podía negarle el favor pedido? ¿Quién podía decirle que “no”?

—Está bien Evángelo. Pero usted los va a perder a los marineros, y súpalo bien.

Evángelo no replicaba ni una sola palabra. Llamaba, nada más, al agitador y le hablaba como solamente él sabía hablarle a las almas sencillas.



Byzantion Nea Hellás
CENTRO DE ESTUDIOS
BIZANTINOS Y NEOHELÉNICOS
FOTIOS MALLEROS
FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y HUMANIDADES
Universidad de Chile

* Traducción del griego por Jorge S. Razís.

—Óyeme tú, ¡te salvé! Pero si eres un hombre hecho y derecho, si tienes amor propio, déjame bien puesto. No te digo nada más. Ándate.

Y todos tenían amor propio. Y eran hombres hechos y derechos. Y dejaban a Kricos bien puesto. Tan bien puesto que hasta el propio comandante lo admiraba. —¡Es usted extraordinario, Evángelo! Lástima que no haya ingresado a la Escuela Naval. Llegaría a almirante.

Evángelo sonreía. Amplia y cordialmente, como sólo él sabía hacerlo.

—No importa, mi comandante. Basta conseguir el “ancho” y estamos contentos.

El “ancho”. El galón ancho de guardiamarina y no el angosto de suboficial mayor. Este era el sueño de Kricos. Con él se acostaba, con él amanecía. Esto era lo que nos repetía constantemente.

—El “ancho”, muchachos. El “ancho”, y morir.

¡Llegar a oficial! Entrar a la cámara de oficiales por derecho propio y no oculta y furtivamente, porque lo invitaban los oficiales, violando por él los reglamentos más fundamentales de la Armada. Esto es lo que anhelaba el amplio corazón de Evángelo. Y esto era lo que deseaban quienes lo querían. La nave entera.

Transcurrió algún tiempo. Y una mañana, a eso de las diez, apareció Evángelo caminando como un borracho. Apareció Kricos en la cubierta superior, y uno diría que eran sus piernas las que lo hacían caminar a él y no él a sus piernas. Ahí cerca se encontraba el segundo comandante contemplando el puerto. Kricos ni lo saludó, él, que era tan cumplidor. Lo asió, nada más, por el brazo y lo sacudió.

—Mi segundo, ¡quiero ver al comandante!

El segundo estuvo a punto de decir algo. Pero lo vio tan perturbado que guardó silencio. Mejor dicho, abrió la boca y dijo una sola palabra:

—¡Venga!

El segundo entró al camarote del comandante y permaneció ahí medio minuto. Ante el comandante de una nave de guerra no se presenta quienquiera y cuandoquiera. Pero Kricos era Kricos. Y se hizo la excepción.

—¿Qué pasa, Evángelo?

—Anita, mi comandante. ¡Anita y los niños pasaron al frente y vienen para acá!

¿Quién no conocía a Anita y a los niños? Junto con el galón, estas tres personas eran toda la vida de Evángelo. Su mujer, su pequeño hijo y su hijita. Tenía su retrato al lado de los iconos. Ahorraba hasta el centavo para ellos. Y ahora habían pasado al frente y venían. Al frente. Es una palabra. Desde la isla de Castelórizo no era un juego de niños atravesar el estrecho hacia Turquía. ¡Pero he aquí que lo habían logrado! Y ahora estaban en camino.

El hijo de Hidra¹ se dio cuenta de la angustia que estaba consumiendo las entrañas de su interlocutor. Isleño él mismo, marino, cosas como éstas las comprendía, las vivía.

Hidra, isla griega con arraigada tradición marinera (n. del t.).

—¡Enhorabuena, Kricos! Mis felicitaciones. Que los recibas sanos y salvos.

E inclinándose para que no fuera oído por el segundo comandante, que estaba parado en la puerta en actitud de atención:

—Y si necesita usted algún dinero, ¡aquí estamos!

No era dinero lo que quería Kricos. Era permiso. Él, que no salía de la nave, pidió pisar tierra firme. Y el comandante se lo concedió, golpeándole la espalda.

—Y cuando lleguen, Evángelo, súbalos a bordo para agasajarlos.

Esa misma tarde partió el suboficial mayor. Vistió su uniforme dominguero, se puso las condecoraciones, se colocó la gorra inclinada y encaminóse hacia el muelle. Lo vimos cuando doblaba la esquina como si volara. Él, el perro de a bordo.

Perdimos a Kricos por dos días. Y al tercero, en la tarde, una sombra con dos mocosos apareció acercándose al buque. ¡No! No era Kricos. ¿Éste, Kricos? ¡Kricos es un hombre gallardo! Y éste viene arrastrándose. No es Kricos, muchachos.

¡Era Evángelo! Polvoriento. Sin afeitado. Con la mirada turbia. Con la boca cerrada y sellada. Amarillo como una vela de azufre. Y arrastraba de la mano a dos niños más bien muertos que vivos.

La gente se abalanzó sobre la cubierta, como si hubiese sonado la alarma aérea. ¿Él, Kricos? ¿Qué pasó? ¡Algo malo, muchachos!

Sí, algo malo, muy malo había ocurrido. Y el suboficial mayor traía a bordo, huérfanos, a sus hijos. Sucedió allá en Palestina. Cuando iba pasando la columna de mujeres y niños, acometieron los “Haenkel”. ¿Tomaron los camiones por un convoy de reaprovisionamiento? Quién lo sabe. Abrieron las ametralladoras y vomitaron fuego. En la cuneta, al lado de la ancha carretera pavimentada, quedó Anita. Sin vida. Con dos pequeños hoyos en la espalda. Dos hoyitos así de chicos. Y dos niños estremecidos por el llanto.

Los tomaron, los trajeron, se los entregaron. ¿Qué hacer con ellos? ¿Adónde llevarlos? El buque era su hogar y su refugio. Y los trajo a bordo.

Corrió el comandante. Corrió el segundo. Fueron donde el Estado Mayor, donde el almirante. Suplicaron, rogaron, ellos, esos hombres curtidos por el mar y el fuego, en favor de los niños, de los huérfanos. El viejo los escuchó solícito.

Conocía a Kricos, lo apreciaba. Agarró el teléfono, gritó, habló, rogó a su vez. Las damas de Alejandría. Griegas ciento por ciento. Y acogieron a los huérfanos en el asilo de la Colectividad.

Nos despedimos de ellos a bordo, cuando partieron, como si fueran hijos nuestros. Los abrazó el comandante. A horcajadas sobre sus hombros bajó de la nave a la chica, a Angélica, el segundo. Y cuando se fueron y nos dispusimos a tomar aliento, supimos que Kricos se nos iba, asimismo. A Inglaterra. A una escuela donde iban también marineros griegos.

—A conseguir el “ancho”, mi comandante, dijo, mientras estrechaba la mano del capitán. No para mí. Para ellos. ¿Me comprende usted?

Comprendía. Y nosotros también. Y cuando una tarde Kricos se nos fue, el destructor nos pareció vacío.

El tiempo fue transcurriendo. Viajes. Patrullajes. Nuevos viajes. Y nuevos patrullajes. Y cada vez que nos encontrábamos en Alejandría, íbamos a ver a los niños, a Manos y a Angélica, que iban creciendo solitos y huérfanos en la gran ciudad. Y siempre les traíamos algo, siempre les ofrecíamos algo a los hijos de Kricos. A los hijos de la nave.

Muy temprano, al amanecer lanzó la voz, como si lo hubiese golpeado un cuchillo, Nondas, el radiotelegrafista. Y con un papel en la mano, se precipitó desde la sala del telégrafo rumbo al camarote del comandante.

El otro se asustó.
—¿Qué pasa?

Estiró el papel el buen Nondas. Estiró la mano el capitán para leerlo. Y a la primera mirada, el mensaje se le cayó al suelo, como si un rayo le hubiese golpeado la mano.

El papel decía:
“Suboficial mayor Kricos Evángelo muerto hoy en Malta durante incursión aérea. Encontrábase camino hacia Alejandría”.

¡Kricos muerto! Eran varios los que ni siquiera querían creerlo. ¡Habría habido algún error! El comandante llamó por teléfono al Comandante en Jefe de la Escuadra. Era cierto. El buque que lo traía de regreso de Inglaterra hizo escala en Malta y allí lo encontró la muerte. Igual que a su Anita, algunos meses atrás. El infame destino, ¡lo que ha escrito no lo borra jamás!

El duelo se apoderó de la nave. Silencio, como si hiciéramos los funerales del muerto sobre las planchas de acero. Encerróse el comandante y no quería ver a nadie. Mudo, todo amarillo, el segundo. Y en medio de la congoja y el silencio, he aquí dos sombras que aparecieron desde lejos.

¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¡Domingo, caramba! ¡Día domingo! ¿Se han olvidado ustedes? ¿No se acuerdan? Vienen Manos y Angélica, de seis años él, de cuatro ella, a almorzar a bordo, tal como lo hacen todos los domingos. Una señora los traía hasta el muelle y desde ahí subían a bordo solos, serios, limpios, bien tenidos.

Se perturbó el destructor entero. Precipitóse el comandante a la cubierta superior y lanzó un grito terrible:

—¡Mucho cuidado todos! ¡Cuidado! ¡Como si no hubiera pasado nada! ¡Como si no hubiese ocurrido nada! ¡Lo haré ahorcar al que diga una palabra, al que muestre que ha pasado lo que ha pasado! ¡Cuidado! ¡Para que no se pongan a llorar vuestras madres!

Los dos niños subieron a bordo. ¡Hola, Angélica; hola Manos! La gente rivalizaba para atenderlos. A la sala de máquinas, para mostrarles todo lo que desearan, el primer ingeniero. A los cañones, el oficial de artillería, al radar, a la sala del timón. Era de ellos la nave aquel domingo.

Parecían preocupados. Como si quisieran algo. Como si buscasen a alguien. Y finalmente, tras mucho rato, ruborizándose, habló Manos.

—Queremos ver al capitán.

¿Al capitán? ¡Sí señor! De inmediato. ¡Mensajero! Los niños quieren ver al comandante. ¡Ligerito!

El hijo de Hydra había bajado a la cámara de oficiales. Y algo discutía con ellos.

—¿Los niños? Sí, señor. Que vengan.

Fueron. Entraron vacilantes, como si les latiese demasiado fuerte el pequeño corazón. Primero el varoncito. Luego la niña. Se detuvieron allí, junto a la puerta. Los oficiales se volvieron y los miraron. El comandante quedó esperando. ¿Para qué lo querían?

El chico avanzó dos pasos. Echó una mirada alrededor como si pidiese auxilio. Y en seguida, sacando con la mano un paquetito desde el bolsillo de su chaqueta, lo extendió al comandante. Era un paquete mal hecho, envuelto en papel ordinario, atado con un grueso cordel.

—Es para el papá, dijo con sencillez. Para el papá que está ausente en la guerra.

—Veinte barras de chocolates, agregó la niña con voz cantarina. Nos dan media barra todos los días. Las guardamos para el papá.

—¿Se las mandará usted?, preguntó ansioso el chico. Mucho le rogamos que se las envíe. Y que le diga que son de Manos y Angélica. Las juntamos para él.

Cesaron las risas. Cesaron las voces. Cesaron los murmullos. El comandante se puso amarillo como una moneda de oro. Dio dos pasos hacia adelante. Le temblaban los labios. Trató de hablar y algo como un sollozo salió de su garganta. Extendió la mano, asíó el paquete.

—Está bien, Manos; está bien, Angélica. Lo mandaré al papá. Le diré que ustedes son unos buenos niños. Que lo quieren mucho. Está bien, Manos. Está bien, Angélica.

Un sollozo no lo dejó decir más. Se volvió buscando ánimo de los demás. A su alrededor, ojos llorosos. Agachó la cabeza.

Los huérfanos encamináronse hacia la puerta. Una sonrisa de sublime alegría estaba pintada sobre sus caritas. Dieron media vuelta y se fueron.

La cámara de oficiales se fue vaciando poco a poco. Silenciosa. Callada.

—Segundo, dijo suavemente en un momento el comandante. Segundo. Cuando salgamos afuera. En alta mar. ¿Comprendido? “Sobre la onda del mar”² el paquete. Y no nos olvidemos de gritarlo fuerte: “Es de Manos y de Angélica”. Tal vez él escuche.

2 Primeras palabras de un cántico de la Iglesia Griega Ortodoxa (n. del t.).